¿VECINOS DISTANTES?
LAS AGENDAS CRÍTICAS POSMODERNAS
EN HISPANOAMÉRICA Y EL BRASIL*

POR

IGNACIO CORONA
The Ohio State University

PREÁMBULO

Toda reflexión finisecular sugiere un acto ritual previsible de retrospectión y anticipación. Para el practicante de la crítica literaria, histórica y filosófica, dentro de la presente coyuntura de la posmodernidad y su retórica apocalíptica, dicha reflexión se da en momentos de intensa revisión disciplinaria. Así, frente al signo de lo incierto, la crisis de los sistemas y la debacle del mecanismo conceptual de la *fundamentación* (Sánchez Vázquez 9), la auto-reflexión sociológica dentro de cualquiera de las áreas mencionadas resulta tan necesaria como la reformulación de su campo y objeto de estudio. Tal reflexión es parte central de las *agendas críticas posmodernas*, a las cuales nos referiremos a través de un eje comparativo que tiene a cada lado regiones vecinas y lejanas a la vez: Hispanoamérica y el Brasil. Regiones cuya relación, a nivel intelectual, evoca el título de aquel conocido ensayo de Alan Ridding tratando de explicar el *ethos* mexicano al lector norteamericano. Antes de referirnos a dichas agendas, nos parece necesario aclarar primero el sentido que damos a estos tres términos.

Primero, dentro del intenso proceso de recepción y discusión regional de los textos esenciales del posmodernismo, ocupa un lugar importante la revaloración de las directrices de la crítica literaria y cultural en general. Tal es uno de los aspectos más salientes de un debate fascinante con todo y sus *impasses*, el cual, dentro de las academias latinoamericana y norteamericana, ha desarticulado y rearticulado grupos y posiciones, y conformado sus propias "agendas". Este último término alude al conjunto de relaciones académicas y extra-académicas en que se inscribe el trabajo crítico individual o de grupo. Por lo tanto, comprende no sólo actividades tales como la publicación, la enseñanza o la investigación, sino que se manifiesta en diferentes niveles: el administrativo, el socio-comunitario, el cultural, el político-institucional,

* Una versión abreviada de este trabajo fue presentada en el XX Congreso Internacional de L.A.S.A. en Guadalajara, México, en abril de 1997.

etc. Las *agendas*, primariamente agrupadas alrededor de una temática de investigación, pueden estar guiadas por una serie de objetivos explícitos y, por ende, ser una conjunción de voluntades, pero dado que su desarrollo y su repercusión son siempre coyunturales, las mismas son provisionales y sólo relativamente controlables. Esto importa señalarlo porque la raíz del trabajo crítico está imbuida en el pensamiento occidental en dos aspectos principales: el individualismo y la reflexión crítica. Las *agendas*, por su capacidad heurística y adaptativa, pero sobre todo por su efecto social, rebasan su radio de acción intra e interdisciplinario y se traducen a fin de cuentas en términos epistémico-políticos.

Segundo, puesto que la base material e histórica sobre la que se desenvuelve el trabajo intelectual en la región no ha sido idéntica a la europea, cabría preguntarse entonces si su *status*, naturaleza e inserción social lo son. Dentro de la tradición occidental, el sujeto epistemológico “teórico” es aquél que ha presupuesto la separación del sujeto cognoscente del objeto, y que ha trabajado con la pretensión universalista de que su pensamiento es extensivo, objetivo y general. Ni Marx, ni Darwin, ni Freud, sólo para mencionar a los artífices principales de la descentración antropocéntrica, supusieron que estaban trabajando con objetos y campos de estudio de alcance limitado, regional o cultural. Ante la vanguardia teórica europea, el trabajo intelectual en la periferia aparece o bien como supeditado a aquél o bien como aplicación o derivación del mismo —meros *comentarios* o glosas diría el Inca Garcilaso. Esta relación ha sido agudamente cuestionada en la perspectiva poscolonial como una respuesta a los valores fundamentales del pensamiento teórico: la objetividad y la certeza. Como afirma Sara Castro-Klarén,

This [problematization] is so if we understand “theory” not as a philosophy or an abstracted system of rules but rather as a given position from which a questioning of the foundations of the disciplines (power/knowledge) in the humanities, a voicing of disjunctions with the basic assumptions of philosophy, history and literature, is undertaken (236).

Características que a su vez devienen de una determinada especificidad histórica, tal como Stephen Toulmin lo ha expuesto en su libro sobre la *agenda secreta de la modernidad*. La búsqueda de la certeza y la elaboración de sistemas racionales del pensamiento europeo fueron necesarias por una serie de razones históricas. Una necesidad que no se transfiere *ipso facto* a los territorios de conquista en su proceso de colonización, en los cuales operarían otras lógicas de reproducción y control del capital simbólico y difusión del saber. Por consiguiente, el empleo de un modelo universal de sociología del conocimiento produce una visión falsamente homogeneizante y jerarquizante del trabajo intelectual. Las implicaciones son inmediatas para su categorización en sociedades diferentes. En ese sentido, para todo teórico periférico siempre habría un teórico metropolitano anterior y “superior” (mayor generalidad y abstracción). Pongamos por caso, la preeminencia que ocuparía Gramsci con respecto

a Guha o García Canclini, por citar a dos pensadores importantes en las actuales discusiones de la posmodernidad y el poscolonialismo. Quizás por esto Roberto Schwarz escribía en un artículo reciente:

Só por ufanismo ou irreflexão alguém dirá que a eventual superioridade de um artista latino-americano sobre o seu exemplo europeu indica paridade cultural das áreas respectivas, por aí ocultando as desigualdades e sujeições que teriam de ser o nosso assunto por excelência (177).

Desigualdades que, por otra parte, tampoco se anulan por alteraciones terminológicas. Sin embargo, a través de la desestabilización del sentido de ciertas categorías y convenciones semánticas se pueden introducir nuevos elementos de reflexión. Así, la preferencia de uso en este trabajo del término “crítico”, por el de “teórico”, se explica así no por la falta de teóricos *per se*, sino por el énfasis tradicional de concreción en lo local y específico que tiene el trabajo intelectual latinoamericano, por una parte, en la apropiación de las teorías metropolitanas, por la otra, en la doble función crítica y propositiva con respecto a su sociedad. El adjetivo “crítico” intenta entonces intersectar sólo una parte del área referencial que abarca el concepto “teórico”. No se propone como término sinónimo sino disímil. La diferencia semántica ordinaria entre ambos se convierte entonces en una diferencia histórica-cultural.

Por último, el calificativo “posmoderno” ha dominado buena parte de los debates en las humanidades y en las ciencias sociales en los últimos quince años, tanto en Europa y los Estados Unidos como en Latinoamérica aunque hasta hace poco era todavía frecuente encontrar argumentos en contra de la aceptación del término como categoría descriptivo-explicativa. Aun los críticos latinoamericanos que se deslindaron con vehemencia del fenómeno, lo emplean ahora por necesidad referencial y retórica. Es un hecho que el adjetivo se ha filtrado en los diferentes discursos sociales y se ha aceptado como un indicador referencial, tanto por una convención tácita como por falta de términos alternativos. Conceptos tales como “hipermodernismo” o “paramodernismo”, los cuales ofrecen la indudable ventaja de señalar los continuismos, en el primer caso, o los desarrollos sociales heterogéneos en el caso de las sociedades periféricas, en el segundo, no han alcanzado tal nivel sustitutivo.¹ Por otra parte, el término “poscolonial”, que asume el aspecto de subversión anti-hegemónica social, política y cultural y que denuncia el neoconservadurismo manifiesto en ciertas tendencias del posmodernismo, ha ganado una aceptación creciente en Latinoamérica vía la academia norteamericana. Aunque algunos críticos ven en ambas tendencias dos caras del mismo fenómeno, es indudable que el término “poscolonial” recoge las posibilidades de acción política deslegitimadas por el nihilismo posmodernista. En

¹ Recientemente, en el libro *Polifonía salvaje: ensayos de cultura política en la posmodernidad* (ed. por Irma Rivera Nieves y Carlos Gil), una antología que recoge la producción de un grupo de intelectuales puertorriqueños, se propuso el término de “tardomodernidad”, el cual subraya de nuevo la cuestión de la temporalidad asincrónica de la región.

conclusión, al denominar *posmodernas* a un grupo de agendas críticas en la región por una tendencia, llamémosle epocal, no se escatima la problemática y la controversia implicada.

RETROSPECCIÓN: LA CRÍTICA LATINOAMERICANA Y EL POSMODERNISMO

La recepción latinoamericana del posmodernismo, como un conjunto de proposiciones y perspectivas teóricas, ha sido un fenómeno poco común. En sociedades no muy interesadas por la reflexión filosófica, según afirma Luiz Costa Lima (382), el interés despertado por el posmodernismo ha sido tal vez sólo superado por la difusión clandestina del marxismo y la selectiva del psicoanálisis. El clima político prevaleciente durante la llamada “década perdida”, sinónimo del proceso de desarme de la utopía (Castañeda) y la tendencia económica neoliberal evidentemente contribuyó a una difusión abierta, casi masiva, de una filosofía cuyo tipo de subversión era bienvenida por los sectores dominantes: el de la cancelación de las subversiones. Un ejemplo de esta lectura lo podría representar la polémica acerca del posmodernismo en Chile, país iniciador del debate posmoderno latinoamericano junto con Argentina y Brasil.

En el ámbito académico, las teorías posmodernas dicotomizaron posiciones más allá de lo disciplinario, rebasando, en ese sentido, polémicas anteriores como las protagonizadas en los setentas por los críticos literarios tradicionales (artísticos) y los de la “nueva crítica” (científicos) con su instrumental analítico de corte semiótico-estructuralista.² Es claro que la difusión previa del estructuralismo y del posestructuralismo, a través de la intensa actividad editorial de los *nuevos críticos*, estableció el marco ideal para lecturas semióticas, lingüísticas, en fin, textuales de la realidad, en donde el posmodernismo encontró sus mejores interpretaciones.³ Los años ochenta fueron de deslindes ideológicos. Frente a los críticos convencidos de la “realidad” posmoderna, se situarían aquéllos renuentes a aceptar las implicaciones inherentes a su conceptualización. El eje en ambos casos fue de índole política, tal como lo representaría un artículo de Iván de la Nuez, incidentalmente titulado: “Más acá del bien y del mal: el espejo cubano de la posmodernidad”. En este trabajo, el historiador cubano afirmaría la atipicidad de ciertas sociedades repelentes tanto al flujo capitalista de los nuevos tiempos y la persuasión de las nuevas ideologías imperialistas (21-32). No sorprendería que en el de la Nuez, como en muchos otros trabajos, no se estableciera una diferencia precisa entre los conceptos de posmodernismo y posmodernidad: el punto ciego del debate. Ya hacia los noventa, la resistencia

² Al respecto, puede consultarse el libro *Ensayos sobre crítica literaria*, (México: FCE, 1993), de A. Alatorre como un ejemplo de dicho debate. Importantes centros de estudio con esta nueva orientación crítica, fueron primeramente establecidos en la Cd. de México, Jalapa, São Paulo, Lima y Buenos Aires.

³ Este fenómeno coincide, por cierto, con el incremento sin precedentes en la publicación de estudios de crítica literaria, muchos de ellos aplicando o discutiendo las nuevas metodologías. Hecho constatado por Wilson Martins en su *A crítica literaria no Brasil* y por Raúl Bueno.

ideológica al corpus teórico del posmodernismo, conforme prevalecía una lectura política del mismo, en el fondo tomada como correctivo tanto del modernismo, en general, como del marxismo, en particular, derivaría hacia una recepción en el fondo bastante selectiva del fenómeno.

En una de sus aristas, la configurada por la recepción del posmodernismo dentro de la disciplina literaria y la crítica cultural, cabría destacar otro factor que tiene menos que ver con una importación franca de teorías y más con uno de *coincidencia* histórica y de *sinfonía* conceptual. Desde finales de los sesenta, se habían iniciado proyectos de investigación que tenían como objetivo repensar no sólo la literatura y la crítica literaria, sino la cultura y la historia regionales bajo nuevas ópticas. Hoy día se puede comprender que a la base de tales proyectos, como los emprendidos por Roberto Fernández Retamar, Antonio Candido y Ángel Rama, se buscaba en última instancia “descolonizar” nuestra cultura literaria. Quienes a principios de la década pasada los continuaban, de pronto encontraron algunas pistas comunes en las perspectivas ofrecidas por los teóricos posmodernos europeos y norteamericanos, especialmente por Lyotard, Baudrillard, Jameson, así como por Foucault, Deleuze y Guattari desde años atrás. Empero, a diferencia del tono neoconservador del posmodernismo en esas sociedades, el “descentramiento”, traducida a la esfera cultural latinoamericana, ha resultado equivalente a “descolonización” y “pluralismo”. Pluralismo en el que, como señala Ana Pizarro, se incorporan “las luchas de masas en América Latina, los feminismos, las reivindicaciones afroamericanas en lo histórico político [y en] lo cultural un proceso identitario en el continente” (72). De ahí que la reverberación cultural y política del posmodernismo en Latinoamérica apunte en la actualidad hacia la “poscolonialidad”, y con ello entronque con la obra de otros autores “periféricos” como R. Guha, E. Said, Gayatri Spivak y Homi Bhabha.⁴

El encuentro entre la crítica literaria latinoamericana y el posmodernismo ofrece, pues, una amplia avenida para el estudio del complejo proceso de recepción y de apropiación de teorías cuya formulación en principio es metropolitana. Para el sector más “progresista” de la crítica literaria, el encuentro ha redundado en una compleja triple agenda: epistemológica, axiológica y política. Por una parte, hacia el interior de la disciplina se problematizan sus propios límites, la definición de sus objetos y campos de estudio, prácticas y metodologías. Por otra parte, al cuestionar los mecanismos de exclusión, así como los criterios de comparación y valoración disciplinarios, la crítica latinoamericana se ve en la necesidad de redefinir estéticas y valores. Por último, como una consecuencia inevitable de los dos factores anteriores, el sujeto mismo requiere de auto-reflexionar acerca de su posición y subjetividad, frente a las transformaciones de las cuales es partícipe y las estructuras y agencias involucradas.⁵ Tal vez, lo que dicho

⁴ Véase el mencionado artículo de Ana Pizarro en el que se explica con mayor detalle este proceso.

⁵ En este último aspecto, nos parece que la mayoría de los estudios no se orienta hacia la disolución del sujeto en la lógica de los sistemas, característica común del estructuralismo

encuentro mejor representante para la disciplina literaria haya sido entonces la posibilidad de una auto-crítica radical. Es innegable que en un lapso muy corto de tiempo se ha producido una condensación de enormes problemáticas teóricas. Se podría hablar de una época de efervescencia (casi) revolucionaria que para nada tiene que ver con el pesimismo o nihilismo del posmodernismo europeo. Sin embargo, la mayor diferencia con la época anterior, la inspirada por la revolución cubana, es la constatación de que tanto los marcos teóricos necesarios están por elaborarse, como las agendas de acción social por cumplirse. Más ésta ha sido siempre la situación imperante para el crítico en nuestras sociedades. La pregunta sería entonces ¿en qué medida ese crítico literario “posmoderno” puede contribuir a producirlos sin reproducir su propio papel histórico desde la Colonia?

Huelga mencionar que la crítica literaria latinoamericana tampoco es un todo homogéneo, y que la lectura “revolucionaria” se da en ese sector de la academia interesado en cambios no sólo hacia el interior de la disciplina sino en la sociedad en general. Este fenómeno, por su relativa notoriedad, daría la impresión de que se trata de una tendencia general. No es así. En algunos casos, los institutos de letras también han conservado su tradición de soporte de las estructuras históricas entre el poder público y el individuo. Hay sectores importantes del *establishment* educativo en los que se reciben con bastante escepticismo las mencionadas agendas, las cuales en última instancia son percibidas como una moda de importación. En ese contexto aflora una lucha de intereses educativo-políticos, la cual de ordinario se experimenta como una situación interdisciplinaria, académica o universitaria. Un caso ilustrativo es el que menciona Heloísa Buarque de Holanda sobre el reciente establecimiento de programas universitarios de estudios de la mujer en el Brasil:

[...]os grandes centros formadores da área de letras, mostram-se ainda razoavelmente impenetráveis para as mulheres. Os programas de estudos feministas desenvolveram-se, na realidade, no nordeste, no sul e no centro-oeste, em universidades que estavam em processo de consolidação de suas pós-graduações. A produção crítica literária sobre a mulher no Brasil, a pesar de numerosa, ainda não se constituiu como uma tendência teórica na área (261-262).

Es indiscutible que los estudios del género tocan un área sensible de la cultura latinoamericana. A juzgar por la cita, se trataría de un problema de herencia cultural dentro de un espacio social dado, en el cual las zonas de mayor tradición, dentro y fuera de la academia, serían las más resistentes a la transformación. Estas continuidades de

althusseriano y el historicismo posestructuralista de Foucault (exceptuando quizás el último Foucault), sino que retomarán uno de los puntos de tensión con respecto al marxismo estructuralista. Dato curioso pues, por una parte, uno de los *bestsellers* de los setentas sería precisamente el libro de la chilena Marta Harnecker, discípula de Althusser y, por otra parte, el autor de *La arqueología del conocimiento* sería uno de los pensadores más influyentes en la academia latinoamericana en las últimas décadas.

resistencia institucional al cambio asumen formas diversas. Otra de ellas, como la anterior también una herencia colonial, es el provincianismo mal revestido de universalismo que todavía se presenta en muchos institutos y facultades de letras. Admitiendo esto desde el lado hispanoamericano, podemos decir que a partir del Boom se modificó un tanto la visión casi dual que prevalecía en la enseñanza de la literatura, compuesta del canon universal (eurocéntrico) y el nacional, para desarrollar un mayor interés por la literatura hispanoamericana en general. Pero, tal vez por no contar el Boom con un representante brasileño, este interés dejó fuera la literatura en lengua portuguesa. Todavía se observa un número pequeño de especialidades o programas con énfasis en la literatura brasileña en las universidades hispanoamericanas. Los escritores de esa lengua se traducen muy poco, en comparación con las abundantes traducciones de escritores europeos o norteamericanos. En ese aspecto, la perspectiva sigue siendo norte-sur. Por ello, aún dentro de la posmodernidad se siguen aplicando, en forma tal vez más *diferencial*, para usar la acepción de Oswald de Andrade, los conceptos de la *dependencia*, según observa Bobby Chamberlain para el caso brasileño (258). Entonces, ese provincianismo resulta en el fondo otra cara que en lo institucional educativo adquiere el colonialismo. Por ello es importante que el tradicional aislamiento de los grupos académico-literarios⁶ de ambas regiones se empiece a problematizar pues la necesidad de un mayor contacto y estudio inter-regional es un imperativo cultural y, asimismo, una forma de “descolonizar” nuestra historia.

CONTINUIDADES: CONSTANTES DE SENTIDO

Varias posiciones se han hecho recurrentes en el proceso de reacomodo epistemológico e ideológico generado por el posmodernismo. Se evidencia una serie de *continuidades de sentido* en la formación del pensamiento posmoderno regional. Afirmar esto no necesariamente implica la ficción de un desarrollo lineal, se trata de ejes interpretativos cuya naturaleza puede ser temporal como adaptación, resistencia, reelaboración, lectura a un nuevo paradigma. Proponemos que se trata de una adaptación selectiva a través de dichas constantes, las cuales no serían articulaciones explícitas sino orientaciones manifiestas en la recepción latinoamericana. Para nuestro objetivo comparatista, no hemos observado una diferencia sustantiva entre las constantes esbozadas en los ensayos hispanoamericanos y brasileños que tienen al posmodernismo, su conceptualización y aplicación, como tema. Entre estas constantes destacaríamos las siguientes:

⁶ Tal vez porque a aquéllos se les asignó históricamente el papel de formadores de la Nación y hacedores de los mitos y “especificidades nacionales”, acrecentado, como durante los setenta, por el militarismo o el autoritarismo.

El péndulo en el vacío: reacción y ... resolución

Se comprende el posmodernismo como una fase reactiva, crítica, tal vez correctiva del modernismo. En algunos trabajos, al plantearse esta reactividad se hace una fusión de términos entre posmodernismo y posmodernidad. Así, se cuestiona implícitamente la totalidad del concepto “epocal” de posmodernidad al cuestionar los aciertos de los teóricos posmodernos. Se obtiene un doble sentido: primero, que la posmodernidad no adquiriría una acepción apocalíptica ni nihilista y, segundo, que en consecuencia el posmodernismo sería una crítica de los excesos de la Razón y del Progreso, la supremacía de la ciencia y la técnica. Esta constante tiene varias repercusiones conceptuales. Ante pronunciamientos tales como el fin de la historia y las ideologías, se sustituye metonímicamente una Historia general por varias historias con diferentes niveles de generalización. En esa medida, el posmodernismo se comprende como una “reacción” en contra del impulso teórico de universalizar. Por lo tanto, se anticipa una fase resolutive a la modernidad-posmodernidad con un correlato histórico menos totalizante, monolítico, hegemónico y más relativo, democrático, fragmentario y heterogéneo. La posmodernidad se ve, en suma, como la oportunidad para incluir la pluralidad en la historia. Una aplicación de este argumento se da sobre la constitución del macro-sujeto, lo cual no conlleva una crítica o prescindencia del mismo; como en el caso de la Historia, se puede hablar de sujeto de las historias, pluralizado, desjerarquizado (nacional, sexual, étnica y socialmente). Otra repercusión se percibe en la idea misma de desarrollo, a la cual no se renuncia sino que se modifica en una propuesta implícita de pluralidad. Enfocado hacia la esfera socio-económica, se habla entonces de desarrollo desigual.

Prioridad de lo político

Contraria a la interpretación de la posmodernidad de parte de Linda Hutcheon, Ihab Hassan y otros, esta constante de sentido implica una lectura política de la posmodernidad y del posmodernismo. Una frase de Renato Ortiz podría sintetizar esta posición: “a cultura é uma questão política” (7). Tal posición es compartida por Santiago Colás, quien atribuye un valor importante a la especificidad tanto regional como nacional, es decir, los contextos socio-políticos específicos, sin los cuales se puede caer en generalizaciones o totalizaciones tan graves como las que el propio posmodernismo critica del modernismo. Colás sostiene que la posmodernidad latinoamericana se construye en contraste, en contraposición, con la interpretación posmoderna en Europa Occidental y los Estados Unidos. Por ello califica de “posmodernismo de resistencia” al observado en la región (18). Por otro lado, sobre la supuesta apoliticidad del posmodernismo, un conjunto de trabajos enfatizan la disyuntiva ofrecida tras de los adjetivos posmoderno y poscolonial, en los cuales se sintetizan concepciones sustancialmente diferentes con respecto a lo político en la

coyuntura actual. Se vive un momento de disyuntiva ideológica a este respecto, como bien lo representaría el artículo “Are Subaltern Studies Postmodern or Postcolonial?” de Walter Mignolo (45-73). En un ensayo anterior y con una orientación semejante, Diana Palaversich rechazaba una lectura posmoderna de la obra del escritor uruguayo E. Galeano argumentando lo siguiente:

Nosotros desafiaríamos [...] el manto universalista del posmodernismo que incluye tanto la narrativa autorreferencial como la escritura contrahegemónica que proviene del margen político y socioeconómico, y se preocupa precisamente de lo que la escritura autorreferencial rechaza y anatemiza, esto es, la cognición del referente. Para este tipo de escritura interesada en los márgenes reservaríamos la calificación de poscolonial, concibiéndola como una práctica ideológico-estética que se resiste al posmodernismo y su impulso “desideologizante”, y que expresa la necesidad del mundo no occidental de forjar su propia imagen e identidad (12).

Aunque hay asimismo una diferencia en la perspectiva de comprensión del objeto y lo que Palaversich llama la “cognición del referente”, este tipo de crítica coincide en rechazar una pura interpretación esteticista o textualista del posmodernismo. Por su implícita contestación de la negatividad y pasividad, asumido como el resultado más nocivo de la crítica de las ideologías, la búsqueda de alternativas constituye otra de las temáticas principales de las agendas posmodernas.

El mediano relato de la emancipación

Se trata de *la constante de sentido* más frecuente y persistente en la crítica latinoamericana. Si bien la crisis de los sistemas en términos filosóficos ya había sido planteada en varias ocasiones en la historia del pensamiento occidental, ésta sería la primera vez que involucraría activamente a intelectuales no sólo europeos sino de América, Asia y África, y que la crítica auto-reflexiva a las estructuras más sutiles de sojuzgación asumiría la forma de expectativas de emancipación como su efecto posterior. Formulado este relato en términos de descolonización o poscolonización, la emancipación imaginada a través del posmodernismo sería tanto o más poderosa que la del progreso modernista, pero paradójicamente menos tangible o visualizable. No obstante, el deseo transluciente en los discursos y las ficciones de los nuevos discursos críticos bosqueja semejantes expectativas reales de cambio. ¿Dónde radica su optimismo y en qué se sustenta? Con toda seguridad que en la propia historia de opresión de la región. El sociólogo mexicano Sergio Zermeno ejemplificaría esa posición:

¿Por qué el estructuralismo althusseriano no tuvo tanto éxito en América Latina y por qué lo están comenzando a tener las tesis de la posmodernidad? Quizás porque en los dos casos se nos libera de algo [...] De lo que hoy nos libera el posmodernismo no es de un tipo de marxismo frente a uno anterior, ni de un más elevado estadio de

racionalidad frente a uno más bajo; lo que esta propuesta nos dice y que nos fascina como latinoamericanos, es, nada más, que no existe una contradicción principal [...] que no hay centro y no hay sentido; es decir que la idea de progreso, de ir hacia algo mejor, superior, es una auto-invencción de Occidente, puesta en entredicho a cada momento por algo exterior ... (183).

En el otro extremo del involucramiento emocional, el chileno Juan E. Vega escribía un artículo cuyo subtítulo era por demás elocuente de su desconfianza en el entonces nuevo debate: “[...] desde la protomodernidad sobre algunos temas del gran relato posmodernista”. Invirtiendo con ironía los términos de “metarrelato” para subrayar la ausencia de una dimensión histórica y política en el posmodernismo concluía: “si en América Latina las cosas son como son y además no cabe la posibilidad de concebir sujetos y proyectos transformadores, todo está perdido” (Vega 29). Sin embargo, lo que vincula el fascinado optimismo de Zermeño con el apocalíptico pesimismo de Vega es precisamente una misma expectativa y un mismo valor: la necesidad de la emancipación como única interpretación del futuro. Por ello, la insistencia de apertura de una perspectiva política en el debate, implica una propuesta emancipadora. Así, subyaciendo al debate, la ficción de la emancipación fluye, como una *constante de sentido* de la experiencia posmoderna latinoamericana, canalizada dentro de una experiencia de descolonización, como hemos visto antes. De cualquier manera, el contenido y la formulación de la emancipación ha cambiado—para la mayor parte de las izquierdas ya no se trata de la dictadura del proletariado. Es en esa óptica que las anteriores propuestas emancipadoras latinoamericanas se han revisado con detalle, en especial sus aspectos discursivos; aun aquéllas que anticiparon la dirección poscolonialista de la crítica latinoamericana contemporánea. Tal es el caso de la influyente *pedagogía do oprimido* de Paulo Freire. Esta importante crítica de las epistemologías y metodologías redentoras tradicionales, a la luz del análisis del discurso, se presenta ella misma como articulando un discurso cuyas imágenes y metáforas “infantilizan” y mal interpretan el silencio del Otro, del oprimido. Su discurso emancipador reproduce en otro nivel una estructura de poder con respecto al oprimido. Dicha *pedagogía do oprimido* hace eco de la teoría del nuevo hombre guevariano incluyendo la masculinización implícita del acto liberador y la auto-legitimación del dialogante intelectual-revolucionario (Martínez-San Miguel 63-64). Se puede objetar así la construcción implícita de la subjetividad del oprimido y su constitución discursiva dentro de la perspectiva contemporánea. Ahora bien, si la discursividad y el lenguaje han pasado a ocupar un primer plano y son el antecedente de toda práctica política, la articulación de esta praxis supone una problematización de toda agencia. La crítica sistemática de formas generales de agenciación, por la carencia de fundamentos materiales “extra-discursivos”, enfrenta un cierto *impasse*. Es evidente que la deslegitimación de toda forma de agenciación, saludable en cuanto autocrítica, conlleva un serio impedimento a la acción. Por ello, toda emancipación, entendida como acción política orientada hacia fines de liberación de una determinada

forma de sojuzgación, presupone una agenciación social. En adición a esto, una posible agenda política requiere profundizar en esa liberación posmoderna que diagnostica Zermeño, con respecto a la identificación y definición de los sujetos liberados. Sujeto que no sería el colectivo de la nación, ni el grupal de clase social. ¿Quién es el sujeto liberado por el posmodernismo? ¿Es la liberación que Zermeño, percibe algo más que la caída de ideologías inoperantes o una liberación discursiva? Y si es así, ¿cómo se explicaría la posmoderna desaparición o no desaparición de condiciones de opresión material, en última instancia corporales? ¿Es la negación del gran relato del progreso, la felicidad del estancamiento en las actuales condiciones de opresión? Tal parece ser una de las preocupaciones recurrentes en el trasfondo político del debate posmoderno.

En las *constantes de sentido* consideradas, se manifiesta entonces una interpretación particular del posmodernismo como respuesta a los discursos teóricos de las metrópolis culturales. ¿Significa esto ahora un desencuentro con la posmodernidad? Una respuesta afirmativa sería equivalente a afirmar un sentido unitario y exclusivista de la posmodernidad. Se trata de matices específicos, de experiencias diferentes, de perspectivas no necesariamente coincidentes. En ese desencuentro radica la posibilidad de diálogo y la existencia de formas específicas de reflexión acerca de los cambios de contenido que configuran y reconfiguran, desarticulan y articulan problemáticas, conceptualizaciones y modos de pensar sobre la realidad cultural y política en la Latinoamérica de nuestros días. Por otro lado, tales *constantes de sentido* señalan no sólo la relativización de los discursos y teorías, sino también la necesidad de elaboración de marcos a través de los cuales pensar las diversas realidades culturales de nuestro continente, así como las estrategias de una práctica efectiva. El diálogo con el posmodernismo metropolitano será más provechoso si parte de la base reflexiva ofrecida por la región. Me refiero a elaboraciones críticas entre las que se incluyen la propia pedagogía del oprimido, las teorías de la dependencia y el colonialismo interno, el manifiesto antropofágico, la teología y la filosofía de la liberación, la filosofía latinoamericana, etc. Esta base debe de ser replanteada a la luz del debate contemporáneo como lo que puede ser: una corriente nutriente del pensamiento crítico y eventualmente teórico en la región.

ANTICIPACIÓN: AGENDAS Y DESAFÍOS

La anticipación que completa el ritual de la reflexión finisecular, no obstante ser un acto que se limita a sí mismo por el efecto de su pretensión, señala algunas áreas que presentan desafíos acuciantes a la epistemología, sentido y praxis del quehacer crítico en las humanidades, de las que destacamos las siguientes:

Crítica posmoderna y cultura latinoamericana

La crítica latinoamericana arriba al momento de reconceptualizar la cultura regional fuera de un esencialismo heredero de modelos europeos de pensamiento y

poder. ¿Qué es lo latinoamericano, en general, o lo nacional, en particular? Con el cuestionamiento de la identidad como unidad cultural fija y homogénea, se ha abierto toda una agenda en la que se replantean, sobre nuevas avenidas, los antiguos problemas de la identidad latinoamericana y las producciones culturales e intelectuales. La pregunta que acompaña las reflexiones sobre el tema en Hispanoamérica y en Brasil es semejante: ¿qué rasgos priorizar en las definiciones identitarias? En algunos casos, las definiciones tipo nacional, con sus viejas certezas emanadas del marco decimonónico de la territorialidad y el lenguaje, han sido rebasadas para priorizar un enfoque “transnacional” (más que “inter”) como complemento a uno meramente local. En efecto, los procesos migratorios, la globalización de la economía y de los medios masivos, permiten hablar de poblaciones y comunidades permeables, en cierto sentido, transnacionales. Lo cual contrasta con el concepto anterior de identidad nacional, constituido como una amalgama monolítica y jerarquizada, enraizado en un etnocentrismo latente e inserto, tanto en un discurso monológico de la hispanidad o lusitanidad, como dentro de las estrategias de construcción de la nación.⁷

La crítica del discurso esencialista de lo nacional ha sido producto del análisis de tres categorías básicas del imaginario social y del discurso cultural y político: la identidad, el género y la etnicidad. En ese proceso ocupa un papel relevante la crítica feminista, fortalecida por su diálogo teórico internacional pero enraizada, sobre todo, en la lucha histórica de reivindicación de la mujer en la región. Este es un hecho correlacionado con los cambios recientes en su rol en diferentes sociedades, por ejemplo, en la chilena o en la boliviana.⁸ Este movimiento crítico ha sido precedido, asimismo, por la reelaboración de dicho imaginario social por parte de la narrativa feminista a lo largo del presente siglo. Dicha narrativa ha denunciado el silenciamiento oficial de amplios sectores de la población durante el proceso de homogeneización de la “identidad nacional”. El cuestionamiento de tal proceso es importante para toda la región, de manera notable para los dos países que más la han desarrollado: México y Brasil. Su política oficial de mestizaje, a la base de la formación de la nacionalidad, implicó una solución cultural al “problema” de la “diferencia” como obstáculo para el “progreso de la nación”. Dicho mestizaje sería así la solución al conflicto identitario o social por medio de la ficción de la conciliación y la armonía que, a la postre, resultaría una solución discursiva más que socio-política o económica. Tal ficción continúa teniendo una vigencia innegable. El crítico Fernando Ainsa, por ejemplo, retomando el concepto de *transculturación narrativa* de Rama, afirma en un ensayo reciente que en la creación literaria y en el ensayismo se gesta ya una “síntesis de las tradicionales antinomias” que han recorrido y polarizado la narrativa latinoamericana (Ainsa 24-25). En las antípodas, la ficción del conflicto dialéctico produce una lectura diferente. Esta última, base “narrativa” del marxismo, sostiene que las oposiciones generan conflictos

⁷ Véase el artículo de Amaryll Chanady.

⁸ Véase Peter Winn. En particular su capítulo “In Women’s Hands”. Por otra parte, el progreso en las reivindicaciones de las minorías sexuales en la región es todavía otra historia.

y éstos, a su vez, movimiento (dialéctica social); la armonía es fugaz y en definitiva inalcanzable. El conflicto y no la armonía sería la condición necesaria del movimiento social. Se trata, en realidad, de una antinomia entre las ficciones de la armonía y el conflicto a la base del estudio de los procesos identitarios y culturales, lo cual tiene indudables implicaciones para los conceptos futuros de nación y nacionalidad.

La praxis política y su reconceptualización

El compromiso ético-político, elemento fundamental de la recepción latinoamericana del discurso posmodernista, coincide con la crítica posmarxista en los países anglosajones (Callinicos o Eagleton, por ejemplo) de la posición neoconservadora tras la discursivización o ficcionalización de la realidad, como respuesta filosófica a las fallas del socialismo real. El énfasis en lo ficcional (y, por añadidura, en la metaforización viso-espacial [mapas, territorios, horizontes, etc.] como sustituto de esquemas explicativos) ha dominado el panorama crítico en un movimiento pendular que se aleja del economicismo o materialismo prevalente en décadas pasadas. Este énfasis, empero, también ha generado una fuerte oposición en campos insatisfechos con la mera textualización de la realidad:

El énfasis posmodernista en el lenguaje y la textualidad se hace notorio en un número de problemas que necesitan ser delimitados. En los Estados Unidos, el énfasis posmoderno/desconstructivo para tratar a las formas sociales y culturales como textos, se ha venido haciendo progresivamente reduccionista en su confianza abiertamente exclusiva en la literatura como objeto de análisis. Confinada largamente a lo literario y a los estudios sobre películas, la crítica textual ha fallado en su intento por trascender los límites del libro o la pantalla. [...] Al no alcanzar el éxito en la incorporación de la complejidad de determinaciones que constituyen los aspectos culturales, políticos y económicos de la sociedad, la crítica posmodernista yerra frecuentemente al confrontar los aspectos de poder hegemónico que no pueden ser capturados en modelos meramente lingüísticos. Este enfoque limitado sobre el análisis textual, corre el riesgo de disolverse en un tipo de forma autocongratulatoria de hipérbole académica, la que como muchos teóricos feministas han advertido, produce una forma de política académica estéril (Giroux 256).

Este argumento es de tomarse en cuenta en previsión de la esperada propuesta de transdisciplinariedad en la agenda posmoderna de los críticos latinoamericanos. Para el pedagogo H. Giroux, la “materialidad” se ha escatimado en una realidad en que se da, según Nelly Richard, “la crisis del original y la revancha de la copia” (cit. en de la Nuez 32). En efecto, el actual debate cultural patentiza también un insoslayable basamento económico y político. El colapso conceptual de las antiguas dicotomías, metrópoli-periferia, centro-margen, es un hecho innegable en ciertos niveles de realidad. No obstante, resume idealismo puro el des/reconocimiento de una direccionalidad de los flujos socioeconómicos, las jerarquías sociales y la centralidad

de un orden global. Entre los fenómenos transnacionales descentrados y aquellos flujos centralizados y jerarquizados hay una brecha epistemológica por estudiar. Las concentraciones de poder, de control y de decisión no se pueden negar por la ubicuidad de ciertos fenómenos y el sentido autotético de la lógica cultural. El desafío es como siempre ajustar la epistemología, ahora del paradigma posmoderno, a los vericuetos de la realidad latinoamericana.

La crítica de la supuesta apoliticidad y fundamentalismo *sui generis* del posmodernismo⁹ señala otro reto mayor: la necesidad de reestablecer un vínculo entre pensamiento y acción. El meollo lo constituye el rescate del sujeto de la lógica de los sistemas. Algunas tendencias críticas, sin embargo, polemizan esta posición. Tal es el caso del Grupo Latinoamericano de Estudios del/a Subalterno/a en los Estados Unidos con su crítica de la noción marxista de agencia social y la del discurso emancipador del intelectual: “Clearly, it is a question not only of new ways of looking at the subaltern studies, new and more powerful forms of information retrieval, but also of building new relations between ourselves and those human contemporaries whom we posit as objects of study” (Latin American Subaltern Studies Group 10). La función de la elite intelectual aparece aquí cuestionada, sea como representante del estado o agente de la integración, como el nuevo intelectual (Fernández Retamar), o como algún otro agente modificado que entrañe una relación de dependencia y de representación auto-legitimada de las “masas”. Se trata entonces de la proposición paradójica del intelectual que se auto-margina y se descentra de la historia social. Tal movimiento radical conlleva una relación de colaboración con los subalternos. En este grupo, con mayor claridad que en otros, se puede ver la problematización radical de la agencia social en la posmodernidad:

[...] postmodernism —an intellectual response to the specific manifestations of postmodernity in Latin America— should not be opposed to a politically committed scholarship that defines itself in terms of a privileged access to materiality (e.g. Gramscian social histories and Althusserian claims of the economy as the last instance). Historical knowledge of political movements should not be confused with political action. This is not to deny that historical and economic analyses have political implications (Rabasa y Sanjinés, vii).

El revelador silencio con respecto a la fundamentación de ese compromiso político revela, sin embargo, la magnitud del problema que afronta la agenda política posmoderna y el *impasse* inmovilizante. ¿Es posible elaborar una práctica política sin fundamentos últimos, sin metas de largo alcance, relativa, flexible y con un agente social heterogéneo?

⁹ Françoise Perus señala, con razón, que el discurso de la posmodernidad, “because it admits to neither exteriority nor contradiction, the discourse of postmodernity tends to become a monologic discourse that acquires, in spite of itself, the inverted form of substantialism and fundamentalism that it intends to attack” (47).

Un último desafío, causa y efecto de un difuso internacionalismo o proceso de globalización, es la crítica del nacionalismo en el contexto poscolonial.¹⁰ Michael T. Clark lo expone sin ambages: “Whether viewed from the left or right, with optimism or fear, the image of the ‘nation’ has disintegrated, and with it the sense of social obligation it once inspired, at least for a few” (38). Ante pronunciamientos tan grandiosos, no es de extrañar una reacción de escepticismo en ciertos sectores de la academia y la sociedad latinoamericanas. Para éstos resulta uno y el mismo fenómeno el que la desconstrucción académica de los nacionalismos periféricos, caracterizada por el desenmascaramiento de los poderosos intereses oligárquicos, así como por las ideologías excluyentes de las agendas nacionalistas y sus sujetos (masculinizados y homogeneizados), coincide con la avasalladora globalización económica transnacional. Esto sería equivalente a la existencia hipotética de un doble frente para imponer la aceptación de lo “internacional” como fuerza liberadora de lo “nacional”. A pesar de su simplificación extrema, tales opiniones constituyen también un indicador de la difusión del saber académico y su efecto público. De cualquier modo, la crítica del nacionalismo ha omitido la posibilidad de una interpretación de éste no como una mera imposición ideológica vertical, sino también como una negociación discursiva entre el grupo en el poder y el resto de la sociedad en determinadas coyunturas históricas. Un ejemplo puede ser la recurrencia a un discurso “nacionalista” por parte de agrupaciones obreras, campesinas y de pequeños empresarios en la defensa de sus intereses frente a la agenda de integración comercial, percibida como “anti-nacionalista”, de parte del gobierno, tal como ocurrió en México durante las negociaciones para la aprobación del Tratado Norteamericano de Libre Comercio. En otros países latinoamericanos este fenómeno de un nacionalismo no “oficial” se ha producido también en ciertas coyunturas, por ejemplo, en el Brasil, en donde hay toda una tradición de populismo y nacionalismo radical, o en la Argentina en el giro neoliberal. Por ello, ante el globalismo posmodernista que colapsa centro y periferia y que ficcionaliza la idea misma de “comunidad”, Roberto Schwarz responde en el contexto específico de la crítica del nacionalismo cultural en su país:

[La globalización] es irrefutable pero debe de decirse que en el nuevo contexto un énfasis en la dimensión internacional de la cultura se convierte en nada más que en una legitimación de los medios masivos de comunicación. Tal como los nacionalismos condenaban el imperialismo e ignoraban la opresión burguesa, así los antinacionalistas invocan el autoritarismo y el atraso de sus oponentes, con buenas razones, mientras sugieren que el reino de los medios masivos no es ni emancipatorio ni estéticamente aceptable ... [Sin embargo] la imposición de la ideología extranjera y la expropiación cultural de la gente son realidades que no cesan de existir sólo

¹⁰ Empero, ha habido pocos estudios comparativos entre las ex-colonias inglesas, estudiadas por Anderson, Chatterjee y otros intelectuales surasiáticos, y las ex-colonias españolas y portuguesas.

porque hay una mistificación en las teorías nacionalistas acerca de ellas (Larsen 212, traducción nuestra).

Schwarz critica un doble frente: el de la cultura capitalista de masas y el imperialismo. Critica el presupuesto de la total apropiación de la cultura popular por parte del Estado, así como de un complementario proceso de ideologización (casi al nivel de propaganda o de pre-programación) de la población que permanece sin posibilidad de diálogo ni de resistencia a la ideología oficial. La distinción entre un nivel ideológico y de mistificación discursiva y un nivel de relaciones sociales, económicas y materiales, como supone el crítico brasileño, es indispensable. Perspectivas adicionales acerca del tema del nacionalismo latinoamericano pueden abrirse si se complementa el despojamiento de la máscara representacional (la identidad y el sujeto “nacionales”), con el análisis de las relaciones internas (que incluyen imposición, resistencia y negociación) entre la sociedad, el discurso nacionalista y los contextos locales e internacionales.

Crítica posmoderna y crítica literaria

Para la crítica literaria latinoamericana, el siglo se despide con un nuevo énfasis: del “texto sin el contexto”, o en las antípodas del “contexto en (o sin) el texto”, se ha pasado a una del “contexto a través del texto”. Este énfasis prioriza un abordaje hermenéutico, de carácter socio-semiótico que tiene en el análisis del discurso y en la deconstrucción sus herramientas principales. Asimismo, se gesta al interior de la disciplina literaria un proceso epistemológico, contraparte del difumino de las fronteras geo-políticas, que elimina la separación “modernista” del sujeto y del objeto. Al enfatizar la ficcionalidad, artificialidad y violencia que implican los constructos de fronteras culturales, la crítica literaria se ha visto en la necesidad de cuestionar las divisiones y límites de sus propios objetos de estudio. En efecto, un sector de ésta se ha manifestado por una democratización del objeto y los métodos empleados, lo que conlleva una apertura a lo híbrido y heterogéneo, a las expresiones orales, a los testimonios, crónicas, narrativas en los márgenes del discurso literario tradicional.¹¹ Se

¹¹ En esta democratización y quiebre de fronteras interdisciplinarias han faltado, sin embargo, propuestas efectivas sobre la realidad plurilingüística de la región, asunto al cual aludía recientemente el escritor Carlos Montemayor: “La lengua española no ha estado unificando a una comunidad nacional, como los ministerios de Educación Pública a menudo han creído en nuestros países; ha servido para afianzar un proceso de colonización interna y de sometimiento de grandes comarcas indígenas. La castellanización ha sido una de las formas más agresivas de destrucción cultural. Es decir, una educación que se propone la castellanización absoluta para unificar un país comete un grave error. Primero, porque no lo unifica. Segundo, porque destruye las posibilidades de desarrollo cultural, personal, psicológico, de la población infantil de las comunidades indígenas. Tercero, porque aparece como lengua dominante en una organización política que no aglutina a esos pueblos en una nueva sociedad ni los unifica culturalmente. En

trata de un fenómeno de apertura de campo. Tal democratización no ocurre sin una batalla dentro de la tradición *belletrística* latinoamericana. La disputa entre concepciones diferentes de literatura se puede ver en el arribo del lenguaje de los medios, de los géneros sub o para-literarios, de manifestaciones heterogéneas de prácticas textuales de lo oral a lo escrito, de “nuevos” géneros (testimonio), del reciclaje de la novela histórica y la novela política, en fin, en la desestabilización de los géneros y perspectivas de estudio literario. En ese conflicto se inscriben también los debates entre concepciones literarias sino encontradas, sí diferentes, en los países del continente. Más, como muestra en México el protagonismo de grupos político-culturales, la disputa canónica o interdisciplinaria puede ser expresión de una disputa política menos visible. Del lado brasileño estos cambios no han sido tan conspicuos, pero la tendencia es similar. En un artículo reciente, W. Martins, articulista para *O Globo*, hacía una evaluación no muy entusiasta de la producción literaria de los últimos años en su país:

The past five years, 1990 to 1995, show Brazil's intelligentsia quietly at work, laying enigmatic foundations for the future. Even Brazilians involved with radical or potentially radical international movements have not had a significant impact on our literature: our feminists are not violently militant and have not produced much literature. The Black movement as well as the agrarian reform movement became more coherent in 1995, but still haven't produced first-quality literature. These groups along with human-rights movements have yet to transcend the polemical and circumstantial phase of artistic creation (“Brazilian Literature in the Nineties” 5).

Sin embargo, precisamente esta época es reconocida por otros críticos como los del surgimiento masivo de la literatura testimonial brasileña, de la reaparición de la autobiografía, la novela histórica, política, feminista, afro-brasileña y homosexual: “O problema básico colocado [por Silviano Santiago] não é apenas o da validade estética dessas obras, más o de apreender até que ponto e em que sentido elas contribuem para a afirmação democrática da diferença, portanto, para o avanço do questionamento das micro-estruturas de dominação que, passado o período ditatorial, continuam a atuar, sob diversas formas e subterfúgios, no cenário nacional” (Melo Miranda 336). Lo que puede verse en esa discordante valoración del periodo es no sólo una cuestión de criterio literario, sino manifestaciones discursivas semejantes a las que se discuten en México en la actualidad, o en Argentina en algún momento. Los cambios apuntados se han gestado rompiendo con la mencionada tradición *belletrística*. Resta decidir si se trata de cambios transitorios o transicionales. Los criterios estéticos y literarios, monológicos y jerarquizados que tenían preeminencia, han cedido terreno aunque todavía son mayoritarios en la región. Sin embargo, no se trata de una mera sustitución

este sentido, la lengua española en nuestros países provoca procesos de sometimiento social, de colonización interna o de discriminación no muy diferentes de los que ocurren en Estados Unidos con la lengua inglesa y la española”. Lo mismo podría decirse del portugués con respecto a las lenguas autóctonas en el Brasil.

o superación de criterios, sino de la aceptación realmente más democrática de la diferencia. Como piensa el crítico uruguayo Hugo Achugar: “La experiencia de lo estético no tiene una sola fuente. El menospreciado bolero o el tardío soneto epigonal y modernista también son fuente de lo estético. No hay una sola estética, como no hay un único arte, una única literatura, una única biblioteca” (Achugar 21). Tal vez en esa admisión de una variedad de estéticas y de criterios se asiente el ejercicio de la crítica literaria y cultural porvenir.

Otro desafío es el ofrecido por el concepto de historia literaria, médula del canon y de la crítica literaria misma. El cuestionamiento de la historia, a la luz de sus mecanismos de inclusión-exclusión y de los intereses que la han alimentado, es clave para toda una concepción histórica de la realidad cultural, a tal grado que en la historia literaria se puede leer la social. A través de los estudios del siglo XIX y del resurgimiento de los estudios coloniales (ligados a la corriente teórica del poscolonialismo), se ha establecido la necesidad no sólo de repensar los distintos periodos históricos sino, sobre todo, de ofrecer alternativas de organización, que van desde la elaboración de conjuntos de historias múltiples hasta la prescindencia del término (como lo ha hecho ya el grupo ALAIC). Recientemente, Ana Pizarro se preguntaba sin dar una respuesta definitiva: “¿Si queremos historiar, o por lo menos generar una reflexión, entregaremos una cierta organización o aceptamos el relativismo?” (Pizarro 77). Visto así, este problema tiene relación con el ya mencionado de la agencia social y la ruptura posmoderna del vínculo entre epistemología y acción. Puesto que dicha situación es la que plantea la participación más activa, tal vez esclarecedora, del crítico latinoamericano y no su evasión por la vía de la auto-crítica paralizante. Más esta implícita exigencia de “ilustración” de parte de éste/a, supone otro reto de proporciones semejantes al experimentado frente a la cuestión de la agencia política. Es decir, ¿cómo se puede situar la crítica fuera de sí y fundamentar una metacrítica? Si convenimos en que la posmodernidad nos enfrenta a una época de crisis del pensamiento racional (e histórico), así como a la constatación de la ausencia de otras certezas, que en el pasado servían como subterfugios, el papel del crítico además de importante se presenta como ineludible, desde la perspectiva de la reflexión teórica. Por ello creemos que una práctica autorreflexiva permanente, asimismo sociológica, estaría muy a tono con la democratización de su objeto y métodos, y a tono con su renovada práctica textual e histórica.

DISCONTINUIDADES: HISPANOAMÉRICA, BRASIL Y LA ACADEMIA NORTEAMERICANA

Finalizamos contestando brevemente la pregunta inicial acerca de la distancia que parece existir entre Hispanoamérica y el Brasil. La revisión de algunas de las respuestas regionales a la encrucijada posmoderna nos señala una experiencia semejante y una cercanía entre ambas regiones. La recepción a los teóricos de la posmodernidad y la dirección de las agendas críticas comparten igual sentido, dificultad y amplitud. Sin embargo, la distancia entre las “élites intelectuales” es insoslayable en muchos campos,

en particular, en las humanidades. Paradójicamente, la distancia entre ambas regiones se reduce en sectores con posibilidades menores de contacto internacional. En el permeable terreno de la cultura popular hay flujos recíprocos importantes. Es necesario que haya una solución de continuidad a esta ignorancia y que el diálogo sea no sólo del norte con el sur sino del sur con el sur. Las agendas del norte pueden no siempre corresponder ni con las necesidades, ni con la realidad del sur, por más emancipadoras que sean. Es un hecho que ese diálogo sur-sur ha sido más la excepción que la norma en Latinoamérica. Ahora bien, desde hace algunas décadas, la mayor y frecuente presencia de intelectuales latinoamericanos en la academia norteamericana (desde el exiliado político hasta el llamado intelectual “nafta”), ha convertido a ésta en el lugar improbable de reunión. Los departamentos de literatura, divididos originalmente por “lenguas nacionales”, incluyeron desde hace décadas la literaturas en lengua española y portuguesa por obvias razones lingüísticas y culturales. Soslayando, de hecho, que el conjunto de historias literarias latinoamericanas, tanto en portugués como en español, constataban su mutuo desconocimiento y el limitado contacto académico entre ambos universos culturales. Sin duda que dicha coyuntura ha sido benéfica y necesaria. Falta que esto ocurra en las academias latinoamericanas con su dinámica propia. En el terreno de la realización de las agendas críticas, se pueden mencionar algunos proyectos que comienzan a señalar el nuevo panorama de los estudios de literatura en el continente. Uno de estos es el dirigido por Ana Pizarro, el cual ha publicado ya sus primeros volúmenes con colaboraciones de críticos hispanoamericanos, brasileños y norteamericanos. El proyecto, que en un principio tenía como objetivo redefinir la noción eurocéntrica de historia literaria en el continente, como uno de sus resultados más elocuentes, terminó por eliminar dicho concepto titulándose *América Latina: palavra, literatura e cultura* (Pizarro 71). Esta colección es una revisión de las prácticas textuales y la cultura latinoamericana de la época colonial. Demuestra algunas de las tendencias de la nueva historiografía: el cuestionamiento de las definiciones tradicionales de lo literario; la incorporación de prácticas orales y modos alternativos de expresión no escrita; la inclusión de las culturas indígenas como elemento esencial; el estudio de la constitución de la subjetividad colonial y nacional; y el establecimiento de una necesaria óptica comparativa entre los modelos coloniales en las sociedades hispanoamericanas y el Brasil. La importancia de éste y otros proyectos es la reversión (a nivel cultural) de la conformación geopolítica del colonialismo hispano-portugués. La perspectiva comparatista de este tópico es fundamental para mejor entender el proceso de formación de nuestra cultura literaria y asimismo para “estimular uma maior integração entre o Brasil e a América Hispânica é de preencher parte da grande lacuna que ainda existe nos estudos latino-americanos” (24), como piensa Lúcia H. Costigan, a quien se debe un fuerte impulso a los estudios literarios comparados entre las zonas mencionadas. Proyectos como el de la Asociación Internacional de Literatura Comparada, o el de la Asociación de Estudios de Literaturas y Sociedades de América Latina, ejemplificarían un inicio de superación de esta problemática y la ampliación del campo de estudio a temas, objetos y

manifestaciones culturales otrora ignoradas. Una ampliación que, para el crítico peruano Raúl Bueno, “no constituye un gesto condescendiente, como parece haber sido el similar gesto ampliatorio posmoderno en sociedades desarrolladas, sino que es el resultado de los nuevos condicionamientos históricos de América Latina en las últimas décadas” (124). Ya se verá, finalmente, si en este tránsito por el “sin futuro” de la posmodernidad, las agendas críticas en Hispanoamérica y el Brasil terminan de descubrirse y coincidir como desde este fin de siglo se puede anticipar. Revirtiendo, con ello, el distanciamiento que la historia colonial y su herencia intelectual produjo en el continente.

OBRAS CITADAS

- Achugar, Hugo. *La biblioteca en ruinas*. Montevideo: Ediciones Trilce, 1994.
- Ainsa, Fernando. “The Antinomies of Latin American Discourses of Identity and Their Fictional Representation”. *Latin American Identity and Constructions of Difference*. Amaryll Chanady, ed. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994. 1-25.
- Alatorre, Antonio. *Ensayos sobre crítica literaria*. México: FCE, 1993.
- Anderson, Benedict. *Imagined Communities*. London: Verso, 1983.
- Buarque de Hollanda, Heloísa. “O estranho horizonte da crítica feminista no Brasil”. *Nuevo Texto Crítico* 7.14-15 (1995): 261-262.
- Bueno, Raúl. *Escribir en Hispanoamérica*. Lima/Pittsburgh: Latinoamericana Editores, 1991.
- Castañeda, Jorge G. *Utopia Unarmed*. New York: Vintage Books, 1994.
- Castro-Klarén, Sara. “Writing Sub-Alterity: Guamán Poma and Garcilaso, Inca”. *Borders and Margins. Post-Colonialism and Post-Modernism*. Fernando de Toro, et.al. ed. Frankfurt: Vervuert, 1995.
- Chamberlain, Bobby J. “Dependente porém (truncada e) múltipla: a literatura brasileira vista pela teoria literaria na década de 80”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 23.46 (1997): 255-268.
- Chanady, Amaryll. “Latin American Imagined Communities and the Postmodern Challenge”. *Latin American Identity and Constructions of Difference*. Amaryll Chanady, ed. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994. ix-xlv.
- Chatterjee, Partha. *Nationalist Thought and the Colonial World*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1986.
- Clark, Michael T. “Wither the Nation-State? The Subaltern and the Redeployment of Latin American Nationalism in the Era of Globalization”. *Disposition* 19.46 (1994-1996): 27- 44.
- Colás, Santiago. *Postmodernity in Latin America. The Argentine Paradigm*. Durham and London: Duke University Press, 1994.
- Costigan, Lúcia H. “O diálogo Brasil/América Hispânica: balanço/questões teóricas”. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* 23.46 (1997): 13-25.

- Costa Lima, Luiz. "Teorização literária e situação latino-americana". *Nuevo Texto Crítico* 7.14-15 (1995): 377-385.
- Giroux, Henri. "El posmodernismo y el discurso de la crítica educativa". *Posmodernidad y educación*. Comp. Alicia de Alba. México: UNAM/Porrúa, 1995. 227-260.
- Hassan, Lhab. *The Postmodern Turn. Essays in Postmodern Theory and Culture*. Columbus: The Ohio State University Press, 1987.
- Hutcheon, Linda. *The Politics of Postmodernism*. 1989. London: Routledge, 1993.
- Larsen, Neil. *Reading North by South*. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1995.
- Latin American Subaltern Studies Group. "Founding Statement". *Disposition* 19.46 (1994-1996): 1-12.
- Martínez-San Miguel, Yolanda. "Para una invención de la armonía: la escritura de la ficción en *Pedagogy of the Opressed* de Paulo Freire". *Lucero. A Journal of Iberian and Latin American Studies* 5 (1994): 57-68.
- Martins, Wilson. *A crítica literária no Brasil*. Rio de Janeiro: F. Alves, 1983.
- . "Brazilian Literature in the Nineties". *Review: Latin American Literature and Arts* 53 (1996): 5-7.
- Melo Miranda, Wander. "Duplo estilete. O pensamento crítico de Silviano Santiago". *Nuevo Texto Crítico* 7.14-15 (1995): 329-338.
- Mignolo, Walter D. "Are Subaltern Studies Postmodern or Postcolonial? The Politics and Sensibilities of Geo-Cultural Locations". *Disposition* 19.46 (1994-1996): 45-73.
- Montemayor, Carlos. "Idiomas bajo acoso". *La Jornada* - Internet, 9 de abril de 1997.
- Nuez, Iván de la. "Más acá del bien y del mal: el espejo cubano de la posmodernidad". *Plural* 238 (1991): 21-32.
- Ortiz, Renato. *Cultura brasileira e identidade nacional*. São Paulo: Editora Brasiliense, 1985.
- Palaversich, Diana. "Eduardo Galeano: entre el posmodernismo y el poscolonialismo". *Indiana Journal of Hispanic Literatures* 1.2 (1993): 11-23.
- Perus, Françoise. "Modernity, Postmodernity, and Novelistic Form". *Latin American Identity and Constructions of Difference*. Amaryll Chanady, ed. Minneapolis: University of Minnesota Press, 1994. 43-65.
- Pizarro, Ana. "¿Diseñar la historia literaria hoy?". *Estudios. Revista de Investigaciones Literarias* 4.8 (1996): 71-77.
- Rabasa, José and Javier Sanjinés. "Introduction: The Politics of Subaltern Studies". *Disposition* 19.46 (1994-1996): v-xi.
- Riding, Alan. *Distant Neighbors. A Portrait of the Mexicans*. 1984. New York: Vintage, 1989.
- Rivera Nieves, Irma y Carlos Gil, eds. *Polifonía salvaje: ensayos de cultura política en la posmodernidad*. San Juan, PR: Posdata, 1995.
- Sánchez Vázquez, Adolfo "Radiografía del posmodernismo". *Nuevo Texto Crítico* 3.6 (1990): 5-15.

- Santiago, Silviano. "The Course of Literary Modernity in Brazil". *Journal of Latin American Cultural Studies* 5:2 (1996): 175-182.
- Schwarz, Roberto. "Originalidade da crítica de Antonio Candido". *Nuevo Texto Crítico* 7:14-15 (1995): 175-91.
- Toulmin, Stephen. *Cosmopolis: The Hidden Agenda of Modernity*. New York: The Free Press, 1990.
- Vega, Juan E. "Signos y designios en la sociedad latinoamericana". *Imágenes desconocidas*. Comp. Fernando Calderón. Santiago: CLACSO, 1987. 25-30.
- Walter, Monika. "Cultura popular como alegoría de la modernidad latinoamericana". *Nuevo Texto Crítico* 7.14-15 (1995): 261-262.
- Winn, Peter. *Americas. The Changing Face of Latin America and the Caribbean*. New York: Pantheon Books, 1992.
- Zermeño, Sergio. "La posmodernidad explicada desde América Latina". *Imágenes desconocidas*. Comp. Fernando Calderón. Santiago: CLACSO, 1987. 183-186.